

debe enriquecer nuestros giros, aderezar nuestra prosa, así como el genio popular ha enriquecido las viejas lenguas. Usamos el español, pero este léxico debe ser tomado sólo como un punto de partida, porque donde se usa con propiedad, en España, cada palabra es el resultado de una experiencia que nosotros, naturalmente, desconocemos. Esas mismas palabras, ya que no es posible pretender un idioma propio, requieren ser de nuevo cargadas, recreadas, pero esta vez con los elementos de nuestra idiosincrasia.

Vemos que es una vasta tarea y su solo enunciado puede desalentar al más optimista. Así se explicaría la evasión del escritor por cualquier camino ajeno, aunque tenga que correr el riesgo de que se le considere un advenedizo y la frustración sea el premio que le espera. Pero no de otra manera llegaremos a tener una literatura de valor.

Mientras tanto, no debe extrañarnos que la sociedad en alguna forma nos ignore y nuestra representación civil sea tan lamentable. Si no abordamos las tareas que hemos tratado de señalar en forma tan sumaria y apresurada, no podemos lamentarnos de que se nos considere como a personajes algo excéntricos, algo maniáticos que practican un deporte exquisito: la literatura.

ARMANDO CASSIGOLI

LITERATURA Y RESPONSABILIDAD

AL ADOPTAR esta actividad literaria, hemos contraído un doble compromiso: Por una parte, con nosotros mismos, en el sentido de forjarnos un estilo, una técnica para desarrollar nuestro oficio y, por el otro, con el público lector, al que debemos dar lo mejor de nosotros para que así este diálogo entre escritor y lector sea fructífero. Es por eso que, a pesar de que las materias a tratar han sido suficientemente abordadas por teóricos, críticos y literatos teorizantes, es necesario insistir en ellas por cuanto significan conceptos —previos o a posteriori— que dirigen en mayor o menor grado la creación literaria.

Pues bien, hemos de partir de algunas premisas.

Aunque algunos, abusando de su sagacidad, opinen lo contrario, los hombres somos seres coexistentes. Vivimos, en la sociedad, contra la sociedad o con la sociedad, somos determinados en gran medida por ella y también en cierto modo actuamos transformándola. El idioma en que hablamos

o pensamos, los gustos, las maneras, las nociones, no nos han brotado espontáneamente sino que es nuestro medio histórico y social el que nos los ha impuesto durante nuestro desarrollo. Quierámoslo o no, somos chilenos, hablamos el castellano, hemos tenido más o menos contacto con la religión católica y vivimos en una forma discutible de democracia. Hemos ido al liceo, tenemos cierta edad, sexo, posición política y situación económica y social.

Ahora bien, nuestra calidad de escritores —buenos o malos, maduros o jóvenes, de derecha o izquierda— de ninguna manera nos exime de nuestro ser social, de este vivir en la realidad social, por el contrario, forman parte importante del bagaje de nociones, gustos, conceptos y sentimientos que a través de una visión peculiar artística se concretarán en una obra llamada literaria.

Creeríamos a un escritor chileno encerrado en su “torre de marfil” si se expresara en éuscara en un libro escrito a mano que narrara la vida de los hipocampos en las cordilleras asiáticas. Y aún así, si lo hiciera, nos asaltaría la duda de si lo que hizo no fue por otra cosa que para vendérselo a un bibliófilo inglés que paga grandes precios por tan extraños libros. De todos modos, ahí estaría el chileno que, como dice nuestro pueblo, se las “agencia” de una y otra manera para ganarse el difícil sustento en nuestra época inflacionaria.

Además, debemos admitir que estos contactos con la sociedad se refieren a ciertos sectores de la sociedad, porque existen sectores de nuestro país que viven en los apacibles barrios agraciados con jardines, y otros, en la población donde el techo y las paredes se suplen por la imaginación. Hay algunos que trabajan empuñando la mansera y otros que se ganan el sustento en el juego de valores de las Bolsas de Comercio. A estos sectores tan dispares, los sociólogos los han denominado clases sociales o estamentos sociales. Absurdo sería dudar de esta afirmación empírica de los investigadores, ello existe a pesar de ellos y de nosotros mismos.

Ahora bien, ¿puede el escritor hacer abstracción de su ubicación en un estamento social? En pequeña medida, sí, pero no íntegramente. Nicomedes Guzmán escribe, al igual que Manuel Rojas, sobre lo que conoce y describe los sentimientos y nociones del estamento de que proviene, con mayor claridad que de los grupos que desconoce. Cuando se quiere hacer lo contrario se corre el riesgo de caer en lo que le sucedió a Luis Durand en su libro póstumo.

La literatura, por otra parte, se escribe para un público. El escritor quiere dar su mensaje no a la Humanidad, muy con mayúsculas, y a las generacio-

nes —también muy del futuro—, como a través de la historia le ocurrió a muchos egregios desconocidos, sino que a un sector determinado del público lector para que goce, lllore, se ría o comprenda.

Con respecto a esta relación entre creador y público, existen muchas y variadas opiniones: algunos escriben para el individuo; otros, para las masas, y, otros, más modestos, pero más realmente auténticos, para el público lector. Analicemos conceptos: Individuo es el ser indivisible, la unidad humana con todas sus peculiaridades. Así, pues, escribir para el individuo es una afirmación tan absurda que a fuer de profunda se nos escapa. Ahora bien, si estos escritores escriben para la persona, entenderíamos mejor, ya que en todo ser humano hay una persona, pero tampoco esto nos aclara el asunto. Masa es un grupo de individuos despojados de su peculiaridad personal, actuando orgánicamente en su conjunto. Lo que la masa pierde en calidad y riqueza peculiar lo gana en fuerza y empuje. De este punto de vista, una literatura para las masas es algo de escaso sentido, da a entender algo así como estar leyéndole un libro a una masa de gentes en la plaza pública. No, la literatura se escribe para el público lector que cada vez debe ser mayor, indudablemente. Un literato puede estimular la conciencia social del lector con respecto al analfabeto superexplotado, pero no puede escribir una literatura para analfabetos. ¿Cómo solucionar entonces el problema? Hay quienes opinan que debe la literatura acercarse a las grandes mayorías de la población. ¡Muy justo! pero... poniendo, rebajando la obra al nivel de estas mayorías. ¡Nada más erróneo! Debido a la inmensa desigualdad social y económica en nuestro país, que se traduce en diferencias abismantes en el campo de la cultura, hay vastísimos sectores que no llegan a la literatura, ni al arte ni a nada, ni siquiera a las calorías necesarias para enfrentar el día. Es necesario incorporar a estos sectores al contacto con la literaria creación, pero en forma inversa, alfabetizándolos, educándolos para llegar a las más importantes creaciones del espíritu. La cultura no puede retroceder; de lo que se trata es de ayudar en lo político a las fuerzas de avanzada social y a la izquierda chilena, y en nuestro campo —reducido campo— a mostrar la realidad, sin el discurso político o la consigna, ya que son géneros diferentes en los cuales no hay que inmiscuirse, sino que con la forma que el arte requiere. ¿Cuál es esta realidad?, se preguntarán ustedes. La vida que se vive en nuestro país. ¿Hay justicia en Chile? Sí, la hay. ¿Hay injusticia en Chile? Sí, también la hay. ¿Cuál abunda más? Mostrémoslas en su justa proporción. He ahí la realidad. Igual cosa hagamos con la libertad, con el amor, con el odio, con el trabajo, con el temor, etc. No ocultemos la verdad, seamos

objetivos y el lector comprenderá, no les quepa la menor duda de que entenderá perfectamente y se pondrá en acción.

Sin embargo, se opina de manera diferente con respecto a la posición que le cabe al escritor en relación con su medio histórico. Aunque las clasificaciones nada agregan, pero sí, sacan de apuro e imponen cierto orden, clasificaremos estas posiciones en: evasivas, propagandísticas, del llamado francotirador y comprometidas.

Vamos por parte. Para muchos —quizás sea sólo una proyección de sí mismos— la realidad es fea, odiosa, desagradable de vivir. La literatura debe lograr que el hombre se evada de esta cotidianidad para transportarlo a... un mundo superior (¡Vanidosos!) Lo triste es que estos seres, que casi siempre son jóvenes viejos, hijos de acaudaladas familias, sin profesión o actividad conocida, creen seriamente en lo que dicen y hacen. Porque algunas veces hacen una que otra edición de lujo, cuya difusión no pasa más allá de dos o tres tías-abuelas. Claro que al lado de estos artepuristas (como se denominan a sí mismos) están también los del reverso de la medalla, aquellos que llaman escapistas a todos los que no les ofrecen el lugar común, el grueso calibre o el dogma; así pues, en este grupo incluyeron muchas veces a los surrealistas, futuristas, dadaístas y otras corrientes de la literatura que en el pasado formaron legión revolucionaria, protestando y no evadiéndose, buscando nuevos caminos sin huir, afrontando, criticando con fuerza y calidad.

Junto a éstos, y abriendo un necesario paréntesis, hay que referirse a los que se autodenominan metafísicos, o que abusan excesivamente de este vocablo. ¿Qué es metafísica? No daré aquí la interpretación de Heidegger de las relaciones del ser con la nada, expresada en "What is metaphisik?", como la acepción corriente. Cuando una teoría filosófica o científica llega a discutir los principios de sí misma y no encuentra una ley o una base demostrable, recurre a ciertos fundamentos inexperimentables por principio, es decir, a fundamentos metafísicos. Ahora bien, un escritor puede adherir a una teoría o puede regir su ideología por una doctrina basada en principios metafísicos, pero decir que tal o cual personaje es metafísico o actúa metafísicamente, o es descrito conforme a una metafísica, es caer en la majadería.

Otros hay que opinan que el arte debe ser propaganda, no existiendo independientemente como actividad cultural, con leyes propias, sino que subordinado, sometido y dirigido con un fin político circunstancial o religioso de dogma correccional, como todo dogma. Los antisemitas, los anticomunistas, los antirreligiosos y muchas formas de sus polos opuestos, están aquí. Vuelven al concepto medieval de la "ancilla theologiae" y lo remozan con el "ancilla

politicae". Es algo así como poner a la ciencia al servicio de la industria o el arte al servicio del comercio. No es que se estime indigno al comercio, a la industria, a la política o a la religión, por el contrario, son actividades humanas muy dignas, de lo que se trata es de que la literatura no se subordine perdiendo su libre raíz inicial.

Gramsci llamaba a esta literatura "funcional", usando el término que con rigor emplean los arquitectos, pero que no puede aplicarse al quehacer literario.

Pero este no actuar propagandístico no exime del compromiso al escritor, como lo creen algunos que se denominan pomposamente francotiradores. ¿Quiénes son? Son aquellos que creen que hacer literatura es lanzar su veneno a diestra y siniestra para ocupar un sitio entre las gentes, aunque sea el lugar del repudiado. Las variaciones hormonales y fisiológicas de su creador determinan su actitud literaria. Hay veces en que tales desequilibrios biológicos han ayudado al talento de un escritor y lo han hecho realizar maravillas, pero en la mayoría de los casos, sobre todo en nuestro Chile, se confunde el término y se le aplica a otro tipo de la fauna criolla.

Existe un dinamismo psicológico como reacción a la frustración, llamado "desvalorización", que consiste en disminuir ante sí mismo y los demás las cualidades de una persona para elevar las precarias propias. A muchos desvalorizadores profesionales se les confunde con francotiradores de la literatura. Los hemos visto, agresivos, superengreídos, pero, en el fondo, temerosos. Esperando siempre una respuesta a su provocación de la persona agredida para después poder decir: "Sí, yo polemiqué con Fulano" o: "A raíz de mi polémica con Zutano". Viven del contra y del escándalo. Se fingen homosexuales, locos o nihilistas. No escriben obras, pero cuando lo hacen, luego de inmensos esfuerzos —lo que suele suceder— caen en lo chocante o la pornografía. Se llaman a sí mismos inconformistas o francotiradores (este último término les encanta). Proyectan su yo y creen ver plagiarios, estultos y personas de doble intención en todo el mundo. Sus inestabilidades sexuales y neurofisiológicas las atribuyen a genialidad, sin pensar que un buen tratamiento médico los dejaría en espléndidas condiciones para ganarse honradamente el sustento.

Sin embargo, la libertad es el gran acicate de la literatura. Esto no quiere decir que el escritor no acepte un compromiso con su época y con su pueblo. La gran literatura ha sido siempre y será una literatura comprometida, no con el contingente y circunstancial compromiso confesional o consignista, sino que con su realidad social e histórica, con las aspiraciones más altas de su

clase y de su país, con los más altos valores espirituales de que el hombre dispone. El compromiso de cada escritor con su sociedad y con su tiempo, no significa sumisión o acatamiento de prejuicios ideológicos, por el contrario, su misión es la de abolir el prejuicio y la consigna reemplazándolos por el valor correspondiente. Desde la Biblia y Homero hasta Sartre y Gorki; desde Esquilo a Bertold Brecht existe un hilo conductor, una cadena de escritores comprometidos con los problemas más importantes de sus épocas, cadena e hilo conductor casi siempre manchado de sangre, cárceles, persecuciones, vejámenes y desprecio de los exquisitos de todos los tiempos. No hay país que pueda tener las manos limpias de estos atropellos contra el escritor que respetó su compromiso. Los que se vendieron, los que claudicaron, los que acallaron su voz por temor o falta de decencia, terminaron por despreñarse a sí mismos. Dentro de este compromiso con los más importantes problemas del hombre contemporáneo, o humanismo, caben, sí, varias posiciones, varios planteamientos ideológicos diversos. De ahí que muchos escritores, no obstante sus maneras distintas de enfocar los asuntos, se encuentren en el diálogo elevado, respetándose mutuamente y considerándose solamente detentadores de la otra posibilidad de enfocar el problema.

De esta lucha dialéctica entre adversarios de la misma estatura moral e intelectual, debe nacer la síntesis verdadera, porque la verdad dialéctica abolió hace ya tiempo el principio lógico del tercer excluido que dice que entre dos juicios opuestos uno es verdadero y el otro falso, excluyéndose una tercera posibilidad. Como se ve, la dialéctica hegeliana, entre otras cosas, deroga la vanidad y el dogmatismo.

Aceptemos el compromiso, aunque no sea de buen tono o aunque no nos dé dividendos. Los iconoclastas a diestra y siniestra cayeron finalmente en el dogma, cuando no en la total indiferencia de sus prójimos.

Nuestra época no se caracteriza precisamente por su organicidad. La crisis asalta a nuestro país desde todos los ángulos. Basta ya de juguetitos simpáticos, pues ya antes se han hecho muchísimo más entretenidos. Basta ya de retruécans psicológicos, de metaforitas centelleantes, de cosquilleos intelectuales, de escandalillos literarios de pueblo chico. ¡Comprometámonos con la realidad chilena, con los más urgentes problemas de nuestro pueblo —y al decir pueblo no excluyo a nadie— y tomemos nuestro puesto de combate en la literatura. No temamos describir a Juan González que vive en Lota o Valparaíso, no rehuamos llamarlo por su nombre, mencionar su oficio, sus deudas, y sus anhelos y temores. ¿Se empequeñece un personaje literario si no se llama Rob o Curtiss? ¿Se invalida la situación literaria si no ocurre

en Miami o en Burdeos? ¿Es antiliterario tener el oficio de cartero, o payaso o arriero? ¿Es más importante o más universal el Complejo de Edipo que el hambre?

¡Quehacer singular éste de la literatura en que el creador se hace responsable, se avergüenza y sufre y se alegra por los demás!

Pero aceptemos la responsabilidad, el compromiso, principalmente nosotros, los de la llamada joven generación, y no caigamos en los trucos y las maneras superadas, en la petulancia que da la impotencia, en el rehuir el diálogo serio por temor al fracaso. El mundo está lleno de seres originales, no seamos tan poco originales de querer parecernos a ellos. Podemos hacer una labor grande y hermosa, quierámoslo así, realicémoslo así, comprendámoslo así.

Porque se espera algo de nosotros; tal como del arquitecto y del albañil la sociedad espera casas, tal como del labriego y del agrónomo nuestro pueblo espera pan, de los escritores se espera que tomen parte en la dirección ideológica que hará a nuestra sociedad salir del atolladero. La tradición literaria chilena es ejemplarizadora. Desde Pedro de Oña y Alonso Ovalle hasta la generación del 42 y luego la del 20, los escritores de nuestro país han cumplido con el compromiso contraído con Chile y sus gentes. Entre los jóvenes mismos, Parra, Barquero, Rojas, Rivera y otros en poesía; Donoso, Lafourcade, Guzmán, Vullyami y otros en prosa; Josseau, Aguirre, Heiremans y Debesa, en teatro, a pesar de las actitudes ideológicas que los separan, parecen haber comprendido que son descendientes de la tradición literaria chilena y parecen, también, haber aceptado el compromiso de interpretar al chileno de nuestros días. Muchos de ellos, antes de plantearse el problema de la universalidad, se han planteado nuestra realidad. Seguramente, de esta manera llegarán a más grandeza y más universalidad que muchos que confunden el problema universal con la descripción cosmopolita. Valga aquí el símbolo del gigante Atlas cuya fuerza para sostener el cielo provenía de su contacto con la tierra.

La literatura gratuita, según Jean Guéhenno, subsiste sólo como hipocresía de la gratuidad.

De lo que se trata es de comprometerse o hacerse responsable, como Guillermo de Torre denomina al compromiso o, como lo llama Américo Castro, hacer una "literatura arriesgada", dejando a un lado la irresponsabilidad; es decir, desde el punto de vista literario, llegar al "realismo".

Jean Paul Sartre comienza "Situations 11", que se ha publicado con el título de "Qué es la literatura", con la siguiente frase que es decisiva: "Todos los escritores de origen burgués han conocido la tentación de la irres-

ponsabilidad; desde hace un siglo, esta tentación constituye una tradición en la carrera de las letras”.

Nótese que aquí Sartre habla del escritor burgués y no del escritor a secas. Se desprende de aquí, además, que hay escritores burgueses y otros que no lo son, y que los primeros, los que reflejan el “estilo” de su estamento social, son los que menos se comprometen, los que menos se arriesgan, los que se sienten tentados por la irresponsabilidad.

La mayoría de los escritores chilenos de la generación presente pertenece a la pequeña burguesía, a la pequeña burguesía *chilena*, con características propias y distintas de las de otros países del mundo, incluso de Latinoamérica. Su mundo es especialmente el de los seres que económicamente ganan salarios; se acerca más en este sentido económico al proletariado industrial que a la gran burguesía financiera o terrateniente. Desde el punto de vista cultural, la gran mayoría de los intelectuales, artistas, profesionales y especialistas proceden o se encuentran en esta clase.

En 1930, Thomas Mann escribió: “Soy hijo de la burguesía alemana, y nunca he renegado de las tradiciones espirituales propias de mi origen. Mi obra ha sido apoyada por la culta clase media de Alemania”. Pero la clase media alemana (sociedad en que subsistía la aristocracia noble) es distinta a la chilena; sin embargo, la comparación en este caso es válida. Tradición y situación cultural importante y posición de asalariados que lo emparentan con el proletario.

De aquí que cuando anteriormente afirmamos que también la fidelidad y el compromiso debían realizarse con respecto a su clase no nos referimos a otra cosa que a esta tradición que crea un futuro a través de un presente real.

Recuerdo, no textualmente, una frase de Federico Nietzsche, quien expresaba que es válida sólo aquella palabra que incitara a la acción, pensamiento que más tarde con otras palabras dijera Sartre con respecto al compromiso del escritor.

Durante muchos años hemos sido receptáculo de modas e ismos europeos, copiando —además de la técnica— el contenido. Hubo muchos —y hasta hoy día los encontramos— que teniendo como lengua materna la misma con que se escribió el Quijote, escriben sus poemas en francés. No está mal que nuestros escritores dominen idiomas extranjeros, por el contrario, es de vital importancia, pero... no sigamos la tradición de los yanaconas que acompañaron al astuto Pedro de Valdivia.

A través de un guijarro, del suave balanceo de una hoja, podemos ver el

mundo. Chile tiene además de guijarros y hojas balanceantes, algo muy esencial: hombres, personas que viven en Chile sufriendo y regocijándose, que existen en Chile trabajando o descansando, que subsisten en Chile oprimiendo o siendo oprimidos. Ahí están, con sus miserias y grandezas, nos esperan, anhelan que nos arriesguemos, que nos comprometamos, que lleguemos a la responsabilidad.

MARIO ESPINOSA

UNA GENERACION

YA NO tiene ninguna vigencia para nuestro país, la vieja frase de Marcelino Menéndez y Pelayo: "Chile es sólo un país de historiadores y juristas". Y ello, no porque hayan desaparecido éstos, sino porque existen poetas y narradores, en tal cantidad y alto valor, que contradicen este aserto, cual si el país entero hubiese acordado desmentirlo.

Es cosa frecuente y de poco asombro la sorpresa que sufren aquellos extranjeros que toman conocimiento de nuestra poderosa y libre literatura. Alan Price Jones, crítico literario y director del suplemento literario "The London Times", expresaba, no hace mucho, que, en cuanto a bellas letras se refiere, Chile era un fenómeno tan singular que sólo le encontraba parangón en Suecia. Explicó que su extrañeza provenía de la fuerza, extensión y grandeza, de las concepciones literarias en relación a la pequeñez del país —su escasa población— y la condición desmedrada en que materialmente ellas tenían lugar.

Fuera de los poetas que aparecieron en pleno romanticismo, como Pezoa Véliz u otros posteriores, como Magallanes Moore, como Pedro Prado, Angel Cruchaga Santa María, Jorge Hübner Bezanilla, y toda la gama literaria que advino con la gran influencia del modernismo implantado en Chile por Rubén Darío, llegó, con la presencia de Gabriela Mistral, Vicente Huidobro, Pablo de Rokha, Pablo Neruda, Rosamel del Valle, Gustavo Ossorio, Omar Cáceres, Humberto Díaz Casanueva, Julio Barrenechea, Juvencio Valle, Nicanor Parra, Tomás Lago, Eduardo Anguita, Gonzalo Rojas, Teófilo Cid, Jorge Onfray, Venancio Lisboa, Miguel Arteché, Alberto Rubio, Arturo Alcayaga, Irma Astorga y una muchedumbre de otras altas voces poéticas, la hora máxima a que puede aspirar alcanzar un país o un conjunto humano en lo que a creación en este género literario se refiere.